

Armando Ortega y S.
México, 1938

PIERRE LOUYS

Abril

Por V. BLASCO IBAÑEZ

En 1894, un joven escritor, conocido solamente en algunos cenáculos literarios, presentó el manuscrito de una novela al director de *L'Echo de Paris*.

La fortuna heredada de sus padres le permitía satisfacer sus gustos de artista, emprendiendo frecuentes viajes.

Después de ofrecer la obra, partió para Sevilla, donde deseaba permanecer algún tiempo.

La novela tenía por título AFRODITA (*Costumbres antiguas*), y el nombre de su autor era Pierre Louys.

El encargado de los folletones en *L'Echo de Paris* rechazó la novela, juzgándola poco interesante y falta de actualidad. Este juicio no sorprendió á su autor. Meses antes la habían rechazado igualmente en la *Revue Blanche*.

Y siguió viviendo en su amada Sevilla.

* * *

Pierre Louys nació en París durante el sitio de 1870, el 10 de Diciembre, día triste que los hermanos Goncourt mencionan aparte en su

«Diario» al anotar las angustias del pueblo parisién, llegado, en su deseo de resistir á la invasión prusiana, á los últimos tormentos del hambre y del frío.

Como dice Ernesto Gaubert, biógrafo del novelista, «el duro Ares presidió, en la angustia de la derrota, los primeros vagidos del que había de ser el poeta de *Afrodita*».

Su familia dió, á fines del siglo XVIII, varios personajes célebres. Su bisabuela Luisa Junot era hermana del mariscal Junot, duque de Abrantes, compañero de Bonaparte y héroe de las batallas de Nazaret y de Austerlitz. Otro bisabuelo suyo fué el célebre médico Sabatier, miembro fundador del Instituto de Francia en 1795 y cirujano de Napoleón. Además, uno de sus tíos había entrado por su matrimonio en la familia de Víctor Hugo.

Los primeros estudios los hizo en la Escuela Alsaciana, famoso colegio de París adonde envían sus hijos todos los protestantes ricos; pero el joven Louys no guardó de esta institución un afectuoso recuerdo. Después de terminar su bachillerato asistió con intermitencias á los cursos de la Sorbona, pero el entusiasmo por la literatura le apartó muy pronto de los estudios regulares. A los diez y nueve años fué presentado á Leconte de Lisle, y en su casa conoció á muchos escritores que formaban una especie de corte en torno del ilustre autor de las *Odas bárbaras*. Esto hizo que abandonase definitivamente las enseñanzas universitarias, para no seguir en adelante mas que los consejos de los poetas.

A los veinte años fundó una revista con el título de *La Conque*, curiosa publicación de gran lujo de la que sólo se tiraban cien ejemplares. Su

fortuna le permitía estos refinamientos de *diletante*. Cada número llevaba al frente un poema inédito firmado por un apellido ilustre. Y así fueron apareciendo por primera vez en la rara publicación dirigida por Pierre Louys poesías que hoy son célebres de Leconte de Lisle, José María de Heredia, Estéfano Mallarmé, Swinburne, Paul Verlaine, Juan Moreas, León Dierx y Judith Gautier. A la sombra de estos autores famosos deslizaron en *La Conque* sus versos de principiante muchos jóvenes que han afirmado luego su nombre en las letras ó desaparecieron repentinamente sin dejar otro rastro de su talento.

Pierre Louys sólo firmaba sus trabajos con iniciales ó con un seudónimo. No tenía confianza en sus primeras obras, y evitaba dar su nombre aun en una revista que sólo leían unos cuantos «iniciados». Sin embargo, sus amigos le decidieron á reunir algunos poemas en un pequeño volumen que tituló *Astarté*. Esta colección de versos y cuatro cuadernitos en prosa fué todo lo que publicó en 1893 y 1894. Hay que añadir que estas obras fueron tiradas á cien ejemplares para obsequiar á los amigos. Así empezó su carrera literaria el autor de *Afrodita*, libro traducido á todos los idiomas y del que se han vendido centenares de miles de volúmenes.

Aparte de estos pequeños trabajos, tradujo del griego las poesías de Meleagro, que gracias á él fueron conocidas en Francia, y publicó sueltas las primeras *Canciones de Bilitis*. Además, vivió en Argelia, atraído por el encanto del ambiente de Africa, y fué por dos veces á Bayreuth para asistir á las representaciones de las obras de Wágner, enseñanza artística que influyó profundamente su espíritu. Con una labor silencio-

sa, sin pensar en el público ni en la gloria, obedeciendo á una necesidad intelectual, iba además escribiendo una novela de la que no hablaba á nadie: *Afrodita*.

Ya hemos dicho cómo vió desechado por dos veces el manuscrito de esta obra.

* * *

Al volver de Sevilla publicó *Afrodita* en el *Mercurio de Francia*. La novela fué apareciendo como folletón mensual á partir de Agosto de 1895. Nadie fijó su atención en ella. En Marzo de 1896, el mismo *Mercurio de Francia* la publicó en volumen en la colección de sus libros. Igual silencio.

Pierre Louys hizo la edición de la novela por su cuenta, pagando todos los gastos de impresión; y como estaba persuadido de que estas resurrecciones de la vida antigua sólo podían interesar á un público poco numeroso, dispuso que la tirada fuese lo más restringida que se acostumbra en las novelas: mil ejemplares. No hizo propaganda alguna; se abstuvo de anuncios, por considerarlos inútiles. Transcurrieron tres semanas sin que ningún periódico dedicase al libro un par de líneas. El autor no podía soñar con una nueva edición.

Pero de pronto, como un trompetazo triunfal, resonó la voz de un poeta, Francisco Coppée, que no conocía al autor de *Afrodita*, y que con un artículo inesperado y espontáneo atrajo la atención del público sobre esta obra maestra.

El nombre de Pierre Louys se hizo célebre y popular en unos cuantos días. Hubo que reimprimir el libro á toda prisa para satisfacer la ávida curiosidad del público.

Afrodita representa tal vez el éxito de libre-

ría más fulminante y completo de nuestra época. El autor, que tiraba sus primeras obras á cien ejemplares, vió venderse de su novela en poco tiempo 125.000 volúmenes. Se hicieron de *Afrodita* dos ediciones de gran lujo, dos ediciones ilustradas, tres dramas, uno en Francia, otro en Austria, otro en Rusia, y cuatro libretos de ópera. Actualmente, en la Opera Cómica de París, una de las obras de repertorio que reaparece en el cartel todos los años, invariablemente, es *Afrodita*, arreglo musical de la novela de Pierre Louys.

Después de este éxito rápido y deslumbrador, el novelista-poeta siguió su vida de viajes, como si huyese de los halagos y las obligaciones de la gloria. Visitó tres veces Italia, vivió tres largas temporadas en Sevilla, escribiendo allí su novela española *La Femme et le Pantin*, «La mujer y el muñeco», pasó dos inviernos en el Cairo, remontando el Nilo hasta Filoe, que no había sido aún inundado por las aguas devastadoras, volvió cuatro veces á Argelia, atraído por su amor á la tierra africana, instalándose sucesivamente en Constantina, Msila, Biskra y Bon-Saada. Sus compañeros de letras le veían de tarde en tarde, como si fuese un colega extranjero. El autor dramático Henri Bataille dijo de él que se le encontraba en París como de visita.

En 1899 se casó con Luisa de Heredia, la hija menor del gran poeta José María de Heredia, que había sido durante diez años el guía y el maestro de Pierre Louys.

Nuestro público conoce la gloria literaria, pero no la fisonomía espiritual de este gran poeta de origen español.

Hijo de un cubano y de una francesa, Heredia, que alcanzó en París la más pura celebridad,

fué siempre un poeta español. Hablaba con orgullo de sus abuelos andaluces, héroes de la Conquista, que fundaron Cartagena de las Indias, y lo mejor de su lira fué para las grandes empresas de la colonización hispanoamericana.

Su soneto inmortal á los navegantes españoles del descubrimiento, su poema sobre la conquista del Perú, su magnífico prólogo á la Historia de Bernal Díaz del Castillo, sus traducciones de varios libros españoles, deben unir el agradecimiento á nuestra admiración. Gracias á él conocen en Francia toda la grandeza de la conquista de América, tan falseada y calumniada por ciertos escritores del siglo XVIII.

Este gran poeta francés con aspecto y arrogancias de viejo hidalgo mostraba en su vida particular la grandilocuencia, el orgullo pueril y las hipérbolas de algunos de nuestros autores del período romántico. Muchas de las anécdotas de su vida, que repiten los literatos franceses, recuerdan las de nuestro don Manuel Fernández y González.

Al admirar á los grandes poetas españoles del «siglo de oro», Heredia decía, como si hiciese su mayor elogio:

—Me adivinaron. Leyéndolos, encuentro muchos versos que son míos.

Un día, en la Academia Francesa, después de una sesión, el historiador Gastón Boissier hablaba con sus compañeros de la inutilidad del esfuerzo literario y de la inseguridad de la gloria.

—¿Quién de nosotros—preguntaba melancólicamente—puede asegurar que su nombre será inmortal?

—Yo—dijo modestamente el autor de *Los trofeos*.

Estando de veraneo en el castillo de unos amigos, una de sus hijas le anunció su llegada. El cochero que había de recogerla en la inmediata estación le pidió las señas de la viajera.

—No hay error posible—dijo el poeta—. La más hermosa de todas las que vengan en el tren, esa es mi hija.

Esta vez la afirmación de Heredia no era del todo hiperbólica. Sus hijas reunían en su juventud la belleza cubana, la gracia española y la distinción francesa. El mismo poeta, á pesar de que estaba afligido por varios defectos físicos, era un hermoso tipo de hombre.

Sus tres hijas encontraron sus maridos en la juventud literaria que rodeaba al gran poeta. La mayor se casó con Henri de Regnier, y es la novelista que firma sus obras con el seudónimo Gerard d'Urville. La segunda es la esposa del académico René Doumic, director de la *Revue des Deux Mondes*. La tercera fué Madame Pierre Louys.

Pero este matrimonio bendecido por la literatura no prosperó ni fructificó; y después de unos años de amor turbados con frecuencia por la falta de acuerdo, el padre de *Afrodita* y la hija del poeta se divorciaron.

* * *

«Delgado, bastante alto, rubio—dice Ernesto Gaubert—, con ojos claros que revelan la perfecta lealtad de sus sentimientos y de su vida, muy digno en sus ademanes, que en determinados momentos tienen algo de altivo, Pierre Louys inspira simpatía desde el primer momento que se le ve. Su elegancia sobria y natural hace recordar á ciertos retratos del siglo XVIII, así como su sonrisa evoca los rostros pintados por Van Dyck.

»Desdeñoso con los medios de publicidad tan buscados por otros, Pierre Louys, que no ha solicitado la fama, sigue siendo, después del gran éxito de sus libros, el hombre simple, el bibliófilo apasionado, el literato exquisito que era en su primera juventud. No tiene ninguno de los defectos particulares del escritor profesional. Se le ve raramente en las fiestas de París. Nadie como él siente el deseo de pasar inadvertido entre la muchedumbre.

»Cuando está en París, vive aparte, en su hotel particular de la calle de Boulainvilliers, con sus amadas colecciones de libros preciosos y de objetos artísticos, y sólo admite las visitas de amigos bien escogidos. En torno de él, las estatuas, las flores, la biblioteca llena de libros raros, forman un ambiente placentero y dulce. Entre el humo del tabaco oriental, moviendo con suavidad la mecedora que le sirve habitualmente de asiento y hojeando sus preciosos volúmenes, imagina para sus obras intrigas voluptuosas ó trágicas y deja que su ensueño evoque los fantasmas del pasado. En sus armarios dormitan maravillosas colecciones de estampas japonesas.

»Y rodeado de esta decoración propicia, compone, con la pereza feliz de Ovidio, las novelas que le gustan, y su estilo impecable da á sus menores escritos la seguridad de vivir mucho tiempo en la memoria de los hombres.»

* * *

Ya hemos dicho que empezó dándose á conocer como poeta con su volumen *Astarté*. Después ha escrito muchos versos, especialmente sonetos, en los que se funden las cualidades especiales de las dos escuelas de su época juvenil: el

Parnasismo y el Simbolismo. Su soneto más célebre es el titulado *La Sombra*; pero yo conozco otro, *A Sevilla*, escrito por Pierre Louys en un álbum, que me parece maravilloso.

De toda su obra poética, lo más popular es las *Canciones de Bilitis*, una «mixtificación» literaria de este solitario, que se goza algunas veces en engañar al público con su gran talento y en poner en ridículo á los críticos.

Bilitis, poetisa griega, compañera de Safo, es simplemente Pierre Louys. Este publicó sus *Canciones de Bilitis* como poemas griegos que pretendía haber descubierto y traducido por primera vez. La imitación era tan perfecta, las canciones denotaban tan real y absoluto conocimiento de las costumbres y del lirismo de la Hélade, que muchos universitarios mordieron el anzuelo y hasta algunos aseguraron haber leído el texto original de esta poetisa inventada de pies á cabeza por el autor de *Afrodita*. En casi todas las naciones de Europa se hicieron traducciones de las poesías de la compañera de Safo. En España, la colección de «Clásicos del amor» publicó las *Canciones de Bilitis* sin sospechar que eran una invención de Pierre Louys.

Este engaño tan general nada tiene de extraordinario, dado el talento mágico de su autor para resucitar la vida griega. Dichas canciones forman á modo de una «novela lírica», en cuyo curso se desarrolla y se exalta el amor lesbiano, más poderoso y vehemente que el amor normal, la voluptuosidad entre mujeres que glorificó Safo y que en nuestros tiempos han cantado Baudelaire, Verlaine y varias poetisas desfallientes bajo la crueldad encantadora de su pasión anormal.

Lo que Bilitis dice en sus estrofas ya lo había dicho antes la cortesana de *Afrodita* (como verá el lector) al hacer la apología de tales amores en su conversación con el filósofo Neukrates.

* * *

Afrodita, como todos los libros que obtienen un éxito enorme de venta, marcó el nacimiento de un género. Los editores de París, durante varios años desearon novelas «antiguas», y aparecieron á centenares novelas egipcias, griegas, romanas, atenienses, corintias y hasta espartanas. Inútil es decir cómo estos editores solicitarían de Pierre Louys una «segunda *Afrodita*» por el precio que quisiera pedir. Pero el famoso novelista se negó á sacar provecho de una moda que no había buscado y que hasta le molestaba por su exageración.

La segunda novela fué un relato contemporáneo. El evocador de la Alejandría de los Ptolomeos saltó sencillamente á la Sevilla de nuestros días, escribiendo *La Femme et le Pantin*, «La mujer y el muñeco».

¿Es realmente una novela española, ó una de esas amalgamas disparatadas que han producido tantos escritores extranjeros tomando nuestra tierra como escenario?...

Es una novela española. Los paisajes, las costumbres, los caracteres, están perfectamente vistos. El autor conoce nuestro país como un hombre que ha vivido largamente en él y ha sabido observar (1).

(1) *La mujer y el muñeco*, de Pierre Louys, prólogo de V. Blasco Ibáñez, figura en la colección de LA NOVELA LITERARIA, traducida por primera vez al español.—Nota de los Editores.

Si causa extrañeza en algunos lectores españoles, se debe simplemente á que no es una novela vulgar. Los personajes resultan algo excepcionales, pero no por esto son falsos. Concha Pérez, la protagonista, es la «mala hembra» que se goza en hacer sufrir á los hombres, y sus adoradores unos esclavos de la voluptuosidad que imploran la gracia de sufrir. Mujeres así no abundan, por fortuna, en la realidad, pero es error notorio negar que existen, y especialmente en una tierra de «hembras bravas» por las que se matan los hombres.

De *La Femme et le Pantin* han sacado una interesante comedia, que se representa en París frecuentemente y que dió cierta notoriedad á Regina Badet, actriz y bailarina.

Una tercera novela, *Las aventuras del rey Paussole*, inauguró un género absolutamente nuevo. Hay que tener en cuenta los gustos literarios á fines del pasado siglo. La novela naturalista y la novela psicológica se repartían el dominio de la literatura, sin tolerar ningún otro género. Nada tan pasado de moda y tan ridículo como la novela fantástica. Y Pierre Louys se lanzó á escribir una novela fantástica, cuyo protagonista es una especie de rey de baraja, y cuya acción transcurre fuera del tiempo y de la realidad. A semejanza de *Afrodita*, las aventuras del buen rey Paussole encontraron muchos imitadores, y con esto la novela poética volvió á ser admitida.

Su último libro fué una colección de novelas cortas, *Sanguinas*, en las que se presenta Pierre Louys del modo más variado, desde la simplicidad bárbara del cuento criminal *La persiana*, hasta las estrofas rítmicas de un poema en pro-

sa, *Diálogo bajo el sol poniente*. Pero el más célebre de estos cuentos es *El hombre de púrpura*—tal vez su obra definitiva—, la historia de un pintor helénico que, para analizar y copiar los sufrimientos de Prometeo, atormenta y mata á su esclavo.

* * *

Pierre Louys ha asustado á muchos lectores por su inmoralidad.

Yo no creo en esa inmoralidad. Es más: le tengo por un autor moral, y son muchos los que piensan del mismo modo. Puede decirse de él, con más exactitud, que su moral es otra que la que impera en nuestros tiempos: una moral «antigua», griega, fundamentalmente opuesta á la moral de origen cristiano en todo lo que se refiere á los placeres de la carne.

El autor de *Afrodita* es un pagano. En el prefacio de esta novela, al hablar de su protagonista la cortesana Khrysis, dice con burlona serenidad: «Que el lector se tranquilice: ella no se convertirá.» Con esto anuncia la firmeza de sus convicciones y alude irónicamente á la Thais de Anatole France, otra cortesana de Alejandría que acaba por arrepentirse y entra en un monasterio.

Otra frase célebre de Pierre Louys, en la que se reconoce la cordura filosófica de los antiguos y la ironía voluptuosa de los escritores del siglo XVIII, se encuentra en sus *Canciones de Bilitis*. «Amame eternamente—escribe la poetisa en su cinturón—, pero no te aflijas si te soy infiel tres veces al día.»

Los críticos, seducidos por su estilo y ofuscados al mismo tiempo por su aparente inmoralidad, han atacado sus teorías ó han pretendido

excusarlas. El autor de *Afrodita*, por su parte, está convencido de haber hecho una obra moral.

«Un tema único—dice Gaubert—atrae su atención y constituye el fondo de todas sus obras: el deseo de defender la libertad de costumbres y la preocupación de los peligros con que nos amenaza una pasión individual. La aventura trágica de Khrysis en *Afrodita*, los suplicios dolorosos y amargamente ridículos de don Mateo en *La mujer y el muñeco*, las melancólicas persecuciones de Byblis, nos muestran los estragos de la pasión. Conviene gozar, sin pedir que el goce nos conduzca á la felicidad, sin estimar su valor más allá de toda razón, y sin desear que continúe siempre. El cuerdo permanece frío; toma su parte de los placeres que pasan á su alcance, pero se guarda bien de correr á su encuentro. La forma más perfecta del placer parece que es el amor físico. Ante todo, hay que librarse de adquirir la alegría pasajera al precio del reposo y la paz de nuestro interior.»

Esta es, en resumen, la moral de Pierre Louys, que también se encuentra en el pequeño fragmento de la *Vida de Aristipo*, por Diógenes Laertes, puesto al frente de *Afrodita*.

Pero, además, el novelista estima que debe dejarse al hombre la libertad de sus costumbres, y reclama imperiosamente el derecho á la verdad del desnudo.

En defensa de su amor por la Belleza sin velos, publicó varios manifiestos y sostuvo una tenaz polémica con el senador Beranger, defensor de la moral corriente.

«Me asombra—dijo Pierre Louys en uno de estos documentos—que existan artículos del Código, reglamentos de Policía y guardias municipi-

pales encargados de imponer una moda uniforme y de impedir, por ejemplo, que, en ninguna circunstancia, sobre ningún escenario y en ningún país de nuestro mundo europeo, los espectadores pobres del último anfiteatro tengan el derecho de reclamar por sus monedas de cobre, lo mismo que reclaman un drama de Shakespeare, de Wágner ó de Víctor Hugo, otra obra sublime que ellos no conocen y que es, sin embargo, digna—tal vez más que ninguna otra—de exaltar el corazón humano: quiero decir la visión de un hermoso cuerpo de mujer.»

Se comprenden perfectamente las críticas indignadas y los entusiasmos que han suscitado Pierre Louys y sus obras.

Pero hasta sus mayores detractores, dejando aparte la moral, que consideran maltratada por él, reconocen su maestría de prosista y su imaginación creadora de poeta.

De sus visiones de la antigüedad y su modo de apreciar la moral se han nutrido muchos graves «pensadores» que fingen ignorar la amena literatura ó la menosprecian, lo que les sirve para dar como ideas propias las que han tomado al novelista-poeta de *Afrodita*.

Este pagano nos muestra que la Grecia está todavía muy cerca de nosotros. Sus cortesanas de Corinto y Alejandría son muy semejantes en su vida interior á ciertas parisienses de nuestra época. Además, en uno de sus cuentos desarrolla ingeniosamente la tesis de que los hombres no han descubierto nada para alegrar su existencia desde que los dioses griegos abandonaron nuestro mundo. El tabaco es la única voluptuosidad que no conocieron los antiguos.

* * *

A pesar del éxito obtenido por sus libros, Pierre Louys ha trabajado poco.

En doce años escribió cinco volúmenes, cantidad casi insignificante si se tiene en cuenta la gran producción de los autores modernos.

Después, ni siquiera ha escrito: tal vez por el mal estado de su salud.

Ha publicado diversos estudios de arqueología, ha puesto prefacios á varios libros antiguos y hecho traducciones de una precisión elegante y concisa.

Sus íntimos cuentan que, cuando siente el deseo de producir, escribe poesías griegas, inventa nuevas Bilitis; pero ahora para él solo.

Aunque no produzca más, tiene asegurada su gloria como artista evocador, como maestro de la perfección absoluta del estilo y de la armonía literaria.

También inventó una moral, una nueva manera de vivir; y aunque esto haya indignado á los más, ha provocado en cambio el entusiasmo de una minoría selecta.

«Todo renacimiento artístico—dice Henri Albert en *El Centauro*—encuentra en Grecia su manantial vivificante de belleza; y si alguien busca un remedio á las miserias de su conciencia moderna, hay que indicarle, en *Afrodita*, la moral de Demétrios.»

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Paris.—Febrero 1919.